

# CARTA A UNA MUJER

PARA PILAR...

Sufrí mucho por tí, mujer. Pero el espíritu se temple también en el sufrimiento y adquiere consistencia de acero. Entonces, se transforma el sufrimiento y es como un grato desmayo.

Lo mismo en mí. Antes, era un dolor cruel y hondo; hoy, es casi un placer inefable. La vida me ha enseñado a pensar que también puede haber un placer en el dolor. Para mí, el dolor del recuerdo es como un dulcísimo placer de agonía.

Quizá tu, mujer, comprendas esto; a lo menos, sabes algo del placer de hacer sufrir a los demás.

¿Cuántos hombres pasaron por tu vida? Muchos debieron de ser. De otro modo no entiendo como pudiste aprender, por tí sola,

tales refinamientos de tortura. Cada hombre ha sido un ensayo de tus artes de diablesa del amor. Ahora comprendo por que lograste que fueran tan intensas mis amarguras.

Pero lejos de mí las recriminaciones. ¿Para qué? Tal vez mis palabras fueran para tí nuevo motivo de orgullo. En esta lucha del amor fui yo el vencido y tú la triunfadora. He aquí, satisfecha tu insaciable vanidad de hembra hermosa que se complace en despertar deseos e ilusiones para no calmarlos despues.

¿No clavó el niño arquero en tu pecho su dardo envenenado? ¿Ignoras, por fortuna, lo que es vivir muriendo

de amor? Espera, espera; día llegará en que tus artes endiabladas se vuelvan contra tí y esa será mi mejor venganza. Tu sufriras, también, estas torturas del infierno que son el soñar con un paraíso al que jamás se llega.

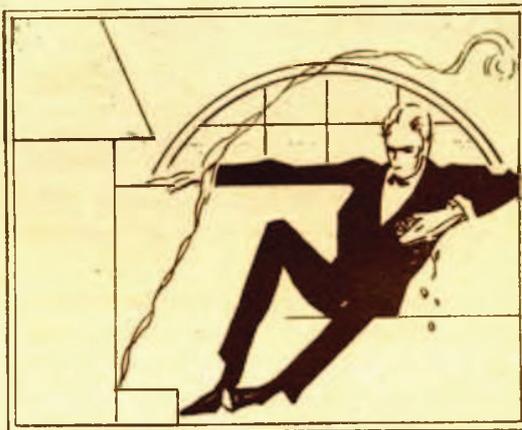
Quiero narrarte, mujer, una triste historia de amor...

..

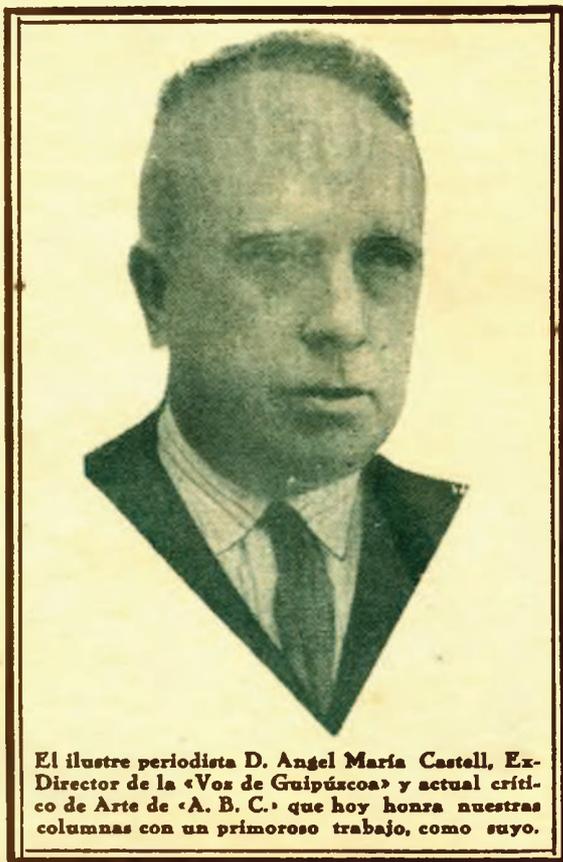
Cuentan que una mujer de esplendida belleza era continuamente solicitada de amor. Pero era tal la vanidad de su hermosura, que antes que a querer a nadie atendía a quererse a sí misma. Cuantos a ella se acercaron quedaban embrujados por el hechizo de sus encantos. Y ella—mujer, al fin—se complacía en torturar a todos sin decidirse por ninguno. Una sonrisa complaciente hacia concebir gloriosas esperanzas, y una frase fría y mordaz desbarataba los castillos de rosadas ilusiones.

El más gallardo galán que a ella se acercara, esclavo de su gracia y hermosura, llevó a tales extremos su aprehensión amorosa que mejor pudiera decirse loco que cuerdo. Pero la ingrata, tras de haberle otorgado el grato privilegio de sus más dulces sonrisas y sus más halagadoras palabras, se burló de él, como de todos. Y el galán, desesperado, acabó con su vida antes de que se consumiera en el infierno de su amor imposible.

Un día, de lejanas tierras, nimbado por la gloria de heroicas hazañas, llegó el valeroso caudillo que diera a la nación días de gloria.



era un dolor cruel y hondo...



El ilustre periodista D. Angel María Castell, Ex-Director de la «Voz de Guipúzcoa» y actual crítico de Arte de «A. B. C.» que hoy honra nuestras columnas con un primoroso trabajo, como suyo.

La hermosa quiso hacer una nueva víctima de su vanidad. Y quiso también prender al caudillo en la red de su coquetería.

Pero él, acostumbrado a vencer en cien batallas, puso sitio al castillo de vanidades de la hermosa con el arma poderosa de su indiferencia, capaz de derrotar toda la vanidad de una mujer.

Rabió la bella al principio, redoblando sus ataques; sintió después el dardo emponzoñado del despecho, al advertir que eran inútiles sus artes femeninas; prendió por último en su corazón la llama de un amor que era todo deseos furiosos, ansias salvajes de hembra herida en su amor propio. Pero se alzaba, infranqueable, la indiferencia del guerrero en cuyos brazos robustos de vencedor, habían languidecido las ansias de mujeres bellísimas.

Y ella, la hermosa, la inaccesible, la invicta, enfermó de un mal incurable; un mal extraño que la hacía rugir de ira, en explosiones por las que se escapaba su inútil vanidad; y clamar al cielo en dulcísimas protestas de amor no correspondido y licuarse en lágrimas ardientes el infierno de su anhelo insatisfecho.

Llamó al guerrero, le contó sus ansias, le ofreció en sus encantos un paraíso de dicha y de ventura. Nada le importaba rebajar su altivez de reina pagana hasta la súplica de una limosna de amor. Le quería, le quería locamente, desesperadamente, con un amor que era mucho más fuerte que su vanidad.

Y el caudillo, cortés y galante, pero altivo y reposado, inclinado el torso poderoso, tendido a los pies en reverencia cortesana su amplio chambergo, le dijo a la bella:

—Por mi fé, señora mía; que jamás pudo llegar mi altiva mente a soñar en tan alta victoria con tan desmedrado esfuerzo de mi parte. Y mucho menos que sin entrar en batalla me hallara ante el cielo de vuestra delicada hermosura, antes hecha para recibir halagos reales que para ser mancillada por mis toscas manos de guerrero. Pero si la voluntad mandó siempre en mis actos, es el caso, señora mía, que jamás tuvo poder alguno sobre mi corazón. Mi razón me inclina a admiraros como un prodigio de hermosura; mi corazón es un tiranuelo que me lleva hacia la quimera de un amor imposible. Todos sufrimos de amor, bella señora mía. Fuerza será resignarse y vivir muriendo de anhelos.

Marchó el caudillo. Quedó la bella llorando silenciosa y desesperadamente. Y el mal hechó tan hondas raíces que muy pronto acabó con su vida.

• •

Esta es, mujer, la triste historia de amor. Lejos de mí las recriminaciones. Sufrí mucho por tí, pero también el espíritu se tem-

pla en el sufrimiento. Hoy, el dolor del recuerdo es para mí un dulcísimo placer de agonía.

Ojalá que te sirva de algo esta triste historia de amor...

ALMIRO PEREZ MORATINOS.

## A VASCONIA

### CANCION DEL EMIGRANTE

De la calma serena de tus montes azules,  
de tus valles rientes que ocultas con los tules  
de tu eterna neblina,  
de la borda que inclina  
su frente milenaria sobre el verde repecho,  
¡cuántos dulces recuerdos no conserva mi pecho!

Lejos del mar que baña tus cantiles y playas,  
lejos de tus encinas, tus robles y tus hayas,  
hogar de mis mayores,  
tierra de mis amores,  
no disfruto el encanto de tus amaneceres,  
ni la ingénua sonrisa de tus castas mujeres.

Lejos de tí, Vasconia, voy subiendo el Calvario  
de mi vida doliente. Has sido tú el santuario  
para mis letanías:  
rosicler de los días  
de mi niñez dorada, esos años de rosa  
en que vuela la infancia como una mariposa.

¡Oh, divinas nostalgias de la patria lejana,  
de la madre que reza, del padre, de la hermana,  
de la novia que llora  
la ausencia del que adora!  
¡Oh, divinos ensueños de la tierra querida  
que arrulló los primeros pasos de nuestra vida!

Cuando, después de mucho trabajar sin descanso,  
quiera encontrar mi vida un tranquilo remanso,  
como el ave cansada  
o la yunta agostada,  
sea mi caserío con sus grandes aleros  
quien me preste su sombra en mis años postreros.

Cuando en mi pecho clave sus dardos venenosos  
la implacable tirana de pasos silenciosos,  
sé tú, tierra querida,  
quien restañe la herida,  
y que sea la suave brisa de tus montañas  
bálsamo a mis sangrantes, doloridas entrañas.

Cuando por siempre entornen los párpados mis ojos,  
cuando de mí no queden más que tristes despojos,  
hogar de mis amores,  
tierra de mis mayores,  
guárdame en el misterio de tu eterna neblina:  
¡guárdame entre tus brazos, Vasconia peregrina!

*D. Zamabide*

Salvador Azua  
Contratista de Obras

Tel. 6-004

Rentería